



ADORO TE DEVOTE¹

Adoro te devote, latens Deitas,
quae sub his figuris vere latitas:
tibi se cor meum totum subjicit,
quia te contemplans totum deficit.

Visus, tactus, gustus in te fallitur,
sed auditu solo tuto creditur:
credo quidquid dixit Dei Filius:
nihil hoc veritatis verbo verius.

In cruce latebat sola Deitas,
at hic latet simul et humanitas:
ambo tamen credens atque confitens
peto quod petivit latro paenitens.

Plagas, sicut Thomas, non intueor:
Deum tamen meum te confiteor:
fac me tibi semper magis credere,
in te spem habere, te diligere.

O memoriale mortis Domini,
panis vivus vitam prestans homini,
praesta meae menti de te vivere,
et te illi semper dulce sapere.

Pie pellicane Jesu Domine,
me immundum munda tuo sanguine,
cujus una stilla salvum facere
totum mundum quit ab omni scelere.

Jesu, quem velatum nunc aspicio,
oro fiat illud quod tam sitio:
ut te revelata cernens facie,
visu sim beatus tuae gloriae. Amen

Te adoro con devoción, Dios escondido,
oculto verdaderamente bajo estas apariencias
a Ti se somete mi corazón por completo,
porque al contemplarte todo falla.

La vista, el tacto, el gusto sobre Ti, se equivocan;
pero basta el oído para creer con firmeza;
creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios:
nada es más verdadero que esta palabra de verdad.

En la Cruz se escondía sólo la Divinidad,
pero aquí se esconde también la Humanidad;
creo y confieso ambas cosas,
pido lo que pidió el ladrón arrepentido.

No veo las llagas como las vio Tomas
pero confieso que eres mi Dios:
haz que yo crea más y más en Ti,
que en Ti espere y que te ame.

¡Oh memorial de la muerte del Señor!
Pan vivo que das vida al hombre:
concede a mi alma que de Ti viva
y que siempre saboree tu dulzura.

Pío Pelicano, Señor Jesús,
límpiame a mí, inmundo, con tu Sangre,
de la que una sola gota puede salvar
de todos los crímenes al mundo entero.

Jesús, a quien ahora veo oculto,
te ruego que se cumpla lo que tanto ansío:
que al mirar tu rostro cara a cara,
sea yo feliz viendo tu gloria. Amén.

¹Texto de referencia: E. Bolis, *Commento all'Adoro Te devote*, appunti.; G. Moioli, in *"Il Salvatore divino"*, Edizioni Viboldone 1985 pp.62-65

Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás de Aquino nació en el castillo de Roccaseca (Italia) en el año 1225. Hijo de los condes de Aquino recibió la primera educación religiosa y científica en la abadía de Montecasino, para pasar después a la universidad de Nápoles. Allí, a los 19 años, ingresó en la Orden de Predicadores.

Por indicación de sus superiores, terminará sus estudios en Colonia, bajo la guía del Fraile san Alberto Magno, quien le convence de la necesidad de profundizar en Aristóteles (el filósofo de la razón) que la razón es don de Dios y a él debe ordenarse.

Se dice que por su carácter taciturno y su corpulencia, sus compañeros lo apodaron el «*buey silencioso*» y que durante una disputa, Alberto Magno exclamó: «*Sí, él es un buey, pero un día el bramido de su doctrina se escuchará en todo el mundo*».

A los treinta y dos años, Tomás de Aquino se convierte en maestro de la cátedra de teología de París.

En Tomás la Palabra de Dios tiene la primacía sobre las otras ciencias y hace de la oración la fuente más fecunda de sus investigaciones.

Escribe muchas obras que destacan por su profundidad teológica y espiritual.

Después de París, ejerció la docencia en Roma y en Nápoles, dejando entre otras muchas obras la Suma Teológica y cumpliendo con muchas tareas que le confió el Papa.

Alternó la enseñanza con la predicación. Tuvo siempre un comportamiento humilde y cordial. Fue devotísimo de Cristo Salvador, especialmente de la cruz y de la Eucaristía, que exaltó en sus composiciones litúrgicas para la fiesta del Corpus Domini (Corpus Christi).

Tuvo también una ferviente devoción filial a la Virgen María.

Santo Tomás de Aquino murió en la abadía de Fossanova el día 7 de marzo de 1274, cuando iba de camino al concilio de Lyon. Fue canonizado el 18 de julio de 1323 por Juan XXII. San Pío V, el 11 de abril de 1567, lo declaró Doctor de la Iglesia.

1. El contexto espiritual en el que nace el Adoro Te devote

Desde el siglo XII, muchos grupos heréticos de gran influencia niegan que Cristo esté presente en la Eucaristía o que la liturgia católica pueda lograr esta presencia.

En 1215, el Concilio de Letrán IV obliga a todos los laicos que han alcanzado la edad de la razón a recibir la Eucaristía al menos una vez al año de manos del sacerdote de su parroquia.

Los predicadores coleccionan historias de milagros eucarísticos con el objetivo de rechazar las afirmaciones heréticas y, por supuesto, las hostias milagrosas se convierten en objetos de veneración y las parroquias donde se han dado estos milagros se vuelven destinos de peregrinaciones. Sólo entre los siglos XII y XIII se recoge alrededor de un centenar de historias de visiones, milagros y acontecimientos extraordinarios relacionados con el pan y el vino consagrados.

Entre los teólogos serán sobre todo San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino quienes usarán con éxito las categorías metafísicas aristotélicas para explicar el sacramento eucarístico (transubstanciación).

«En este momento, la devoción eucarística popular gira sobre todo en torno a dos elementos: el momento de la aparición de Cristo en la Misa y la presencia permanente de Cristo en la hostia que se convierte en objeto de adoración incluso fuera de la celebración.»

«Luego crece la convicción de que algunas oraciones o actos devotos, cuando surgen de una actitud de fe y caridad, pueden reemplazar la comunión sacramental. Así nace la "comunión espiritual"... La elevación de la hostia consagrada durante la misa pronto se convierte en un momento particularmente importante para la devoción popular: se llega a creer que mirar la hostia elevada es una forma de recibirla espiritualmente...»².

«En la religiosidad popular se enfatiza el peligro de acercarse a la comunión sin esforzarse por vivir de una manera cristiana...»³.

2. La «devoción» eucarística de Santo Tomás de Aquino

En Santo Tomás el estudio y la oración se mezclan hasta el punto en el que su trabajo principal, la Summa Theologiae, puede considerarse como el fruto maduro no sólo de su camino intelectual sino también de su camino espiritual.

Además, Fray Reginaldo testimonia que antes de estudiar o cuando tenía que mantener una discusión, Tomás rezaba.

De hecho, su texto más poético y místico es el Oficio del Santísimo Sacramento, preparado por Tomás en 1264, por encargo del papa Urbano IV, quien acababa de establecer la fiesta del Corpus Domini (Corpus Christi).

Aunque el Adoro Te devoto no es parte del Oficio del Corpus Christi, es el himno que mejor expresa su profunda sensibilidad eucarística y donde inteligencia y voluntad, mente y corazón encuentran una síntesis perfecta.

En resumen podemos resaltar las siguientes características de Santo Tomás:

1. **Buena habilidad poética:** Por medio de la cual Tomás invita a sí mismo y a los demás a adorar con afecto, hasta el abandono total de los sentidos, la presencia y la grandeza del Señor en la Eucaristía.

2. **Exactitud de la doctrina teológica:** Aunque Tomás nunca usa un lenguaje escolástico, cada verso es profundo y constituye una síntesis de doctrina eucarística precisa pero explicada con claridad y simplicidad.

3. **Un sentimiento vivo y devoto:** En cada estrofa Tomás manifiesta su gran sensibilidad y ardiente afecto por Jesús presente en la Eucaristía, los cuales le gustaría transmitir a todos.

² E. Bolis Art. cit p.3

³ Igual (E. Bolis Art. cit p.3)

4. **Síntesis perfecta y armoniosa:** Las características anteriores no están simplemente agrupadas, sino que se fusionan en una unidad armoniosa, como sólo un largo ejercicio de oración y contemplación puede hacer posible.

3. El Himno del Adoro Te devote

Las estrofas e ideas contenidas en el **Adoro Te devote** (a pesar de ser un himno místico y no una lección de teología) tienen fuertes paralelos con la obra principal de Santo Tomás (la *Summa Theologiae*) y con la Sagrada Escritura.

- 1ª estrofa. El himno comienza con un acto de adoración y abandono amoroso en Jesús presente en el sacramento de la Eucaristía.
- 2ª estrofa. Continúa con un acto de fe viva,
- 3ª estrofa. valiente,
- 4ª estrofa. y generoso.
- 5ª estrofa. Luego implora a Jesús un aumento de la verdadera devoción eucarística
- 6ª estrofa. y pide una abundante purificación del pecado.
- 7ª estrofa. Se cierra con el ardiente suspiro del cielo.

El itinerario místico que propone puede resumirse de la siguiente manera:

«La fe viva conduce al abandono pacífico y seguro en el misterio, sin necesidad de milagros, sigue siendo garantía la palabra de Jesús. Pero la fe es un don de gracia, que debe ser humildemente implorado junto con la esperanza y la caridad. Con estas disposiciones, el alma podrá unirse íntimamente con Cristo, alimentándose de él, en la memoria de su pasión y muerte, con un deseo cada vez mayor de purificación, para poder pasar de la contemplación de Jesús en el Sacramento, por medio de la fe, a la contemplación de Jesús a través de la visión intuitiva, de donde fluye el amor beatífico»⁴.

Análisis de las estrofas

Don Giovanni Moioli⁵ enseñaba que para entender este himno primero hay que leer la última estrofa.

7ªS. En la última estrofa se dice que *«el rostro de Dios ahora se ha puesto un velo y se revelará solo en la vida eterna. Todo el himno juega con el hecho de que el rostro de Dios en Jesucristo se revela a nosotros poniéndose un velo: el velo es el símbolo eucarístico del pan y el vino»⁶.*

El tiempo no extingue el deseo: al contrario, hace arder de pasión en la espasmódica expectativa de encontrarse con el Amado, como le pasa a la enamorada del Cantar de los Cantares.

A la luz de esta estrofa, se pueden leer y comprender las otras.

1ªEst. (2Cor 3,7) El himno comienza con un acto de adoración y abandono amoroso en Jesús, escondido (*latens, latitas*) bajo los velos eucarísticos.

⁴ E. Bolis, Art. cit p.6

⁵ Sacerdote de la Arquidiócesis de Milán y reconocido profesor de teología espiritual.

⁶ G. Moioli, Op. cit. p. 63

Hay que prestar atención al adjetivo «**devote**», al adverbio «**vere**» y los verbos «**subjicit**» y «**deficit**».

La «**devotio**» (*devoción*) es la actitud de quien, por amor, está dispuesto a someterse «**subjicit**».

«**Vere**» (verdaderamente, sinónimo de realmente), se refiere a la «*Presencia real*»⁷.

El verbo «**deficere**» puede significar algo que falta, pero también «*desmayar*». Este es el significado que *deficere* tiene aquí, como en otras obras de Santo Tomás.

Es *desmayar* por la intensidad del amor.

*«En la primera estrofa se usa dos veces el adjetivo «totum» para indicar la plenitud e intensidad de esta experiencia. Todo el creyente se somete, Jesús se entrega completamente a él. La devoción es una actitud que involucra a la persona en todas sus dimensiones: ...no solo a nivel emocional, sino en toda nuestra humanidad: contemplación y acción, razón y sentido, voluntad y sentimiento»*⁸.

2ªEst. (Lc 24,35ss; Rm 10,17) Sin embargo, con ninguna de estas capacidades se logra comprender este misterio: «**Visus, tactus, gustus in te fallitur**». Mirando y tocando uno ve sólo una hostia, degustándolo sabe sólo a pan...

En realidad, no todos los sentidos son inadecuados: el **oído** es diferente. Cuando escuchamos la Palabra de Dios fundamos las bases de la fe: «**sed auditu solo tuto creditur**».

Solo la escucha atenta ofrece un cierto fundamento para la fe en la Eucaristía. Se trata de escuchar las palabras de Jesús a los Apóstoles en la Última Cena: «*Este es mi cuerpo...*».

La garantía de la verdad de estas palabras que fundan nuestra fe es la persona que las pronunció, el Hijo de Dios: «**credo quidquid dixit Dei Filius**». Para captar la presencia de Cristo en el sacramento, por lo tanto, no es suficiente «*mirar*», es necesario «*escuchar*».

La fe no proviene de las emociones, sino de la escucha (de la Palabra de Dios).

3ªEst. (Mt 27,46; Lc 23,40-43) «*Los sentidos naturales, ya impotentes cuando se trataba de reconocer la divinidad de Jesús en su sufrimiento y muerte en la Cruz, están aún más impotentes ahora, privados incluso de la experiencia de su humanidad*»⁹.

La cosa se complica cuando uno se da cuenta de que el hombre no puede alcanzar por sí mismo la fe necesaria. El himno se convierte así en una súplica a Jesús, como la del «**buen ladrón**» en la cruz, para que compense nuestra insuficiencia de fe.

4ªEst. (Gv 20,24-29) La súplica se reanuda subrayando la fragilidad de nuestra condición: si incluso para los Apóstoles fue difícil creer que Él resucitó y **Tomás** necesitó ver las heridas para creer, para nosotros es mucho más difícil aún.

Por eso, Tomás insiste e insiste en pedir el don de una fe cada vez mayor y duradera.

5ªEst. (1Cor 11,25-26) El **Memorial** no es un simple recordatorio de eventos pasados, sino la posibilidad que se nos ofrece de participar en ellos.

⁷ Se vea la segunda catequesis

⁸ E. Bolis Art. cit p.6

⁹ E. Bolis, Art. cit p.8

Por el poder del Espíritu Santo, la Pascua de Cristo se hace presente en la Eucaristía: en el pan y el vino consagrados, la presencia del Señor resucitado es real, personal y sustancial. Se hace presente con su humanidad y divinidad, con su muerte y resurrección.

La presencia real de Jesús que se sacrifica por nosotros en la Eucaristía es fuente de vida, en el sentido más pleno de ofrecer sentido y gusto a la vida en la relación con Él.

6ª Est. (Jn 6,51-52; 19,35) Para representar el don que Jesús hace de sí mismo en la Eucaristía, Tomás usa la imagen del **Pelícano**.

Esta ave marina tiene un pico largo y ancho; en la parte inferior posee una membrana grande, que se puede estirar como un saco: en esta membrana conserva unos pescaditos y la presiona contra su pecho para distribuirlos a sus crías. Por eso, los antiguos creían que el pelícano rasga su pecho para alimentar a sus crías con su propia carne y darles de beber su sangre. Esta sugestiva leyenda llevó a algunos escritores cristianos a aplicar el símbolo del pelícano a Jesús, quien en la Eucaristía realmente ofrece a los fieles su carne en comida y su sangre en bebida.

Contemplando la Eucaristía, memorial de la Pasión del Señor, Santo Tomás enfoca su mirada de fe en el costado abierto de Jesús, de donde brotó sangre y agua.

Cada **gota** de esa sangre tiene un valor infinito y es suficiente para lavar al mundo entero de todo mal. Sin embargo, su amor no tiene medida, por lo que no solo vierte una gota, sino que derrama toda su sangre hasta la última gota.

7ª Est. Así llegamos, más conscientemente, al punto desde el cual comenzamos.

En la última estrofa, Santo Tomás reza para que, a través de la fe, pueda pasar de la contemplación de Jesús en el sacramento a su visión directa e inmediata, «*cara a cara*» («*cernens facie*»), una **visión** de la que brota el amor que lleva a la beatitud y, por lo tanto, da la alegría eterna del cielo.

Quien reza invoca la transición de oír a ver, de sacramento a res. Es la forma misma de la presencia de Jesús en el sacramento lo que hace que surja la expectativa y el deseo de algo más en el corazón.

Esta presencia es una presencia «**velada**» (latens, latitas), es decir, una «presencia-ausencia». Una presencia oculta y parcial no es suficiente para quienes aman.

La Eucaristía, en lugar de calmar la sed de Dios, la aumenta y la hace más conmovedora.